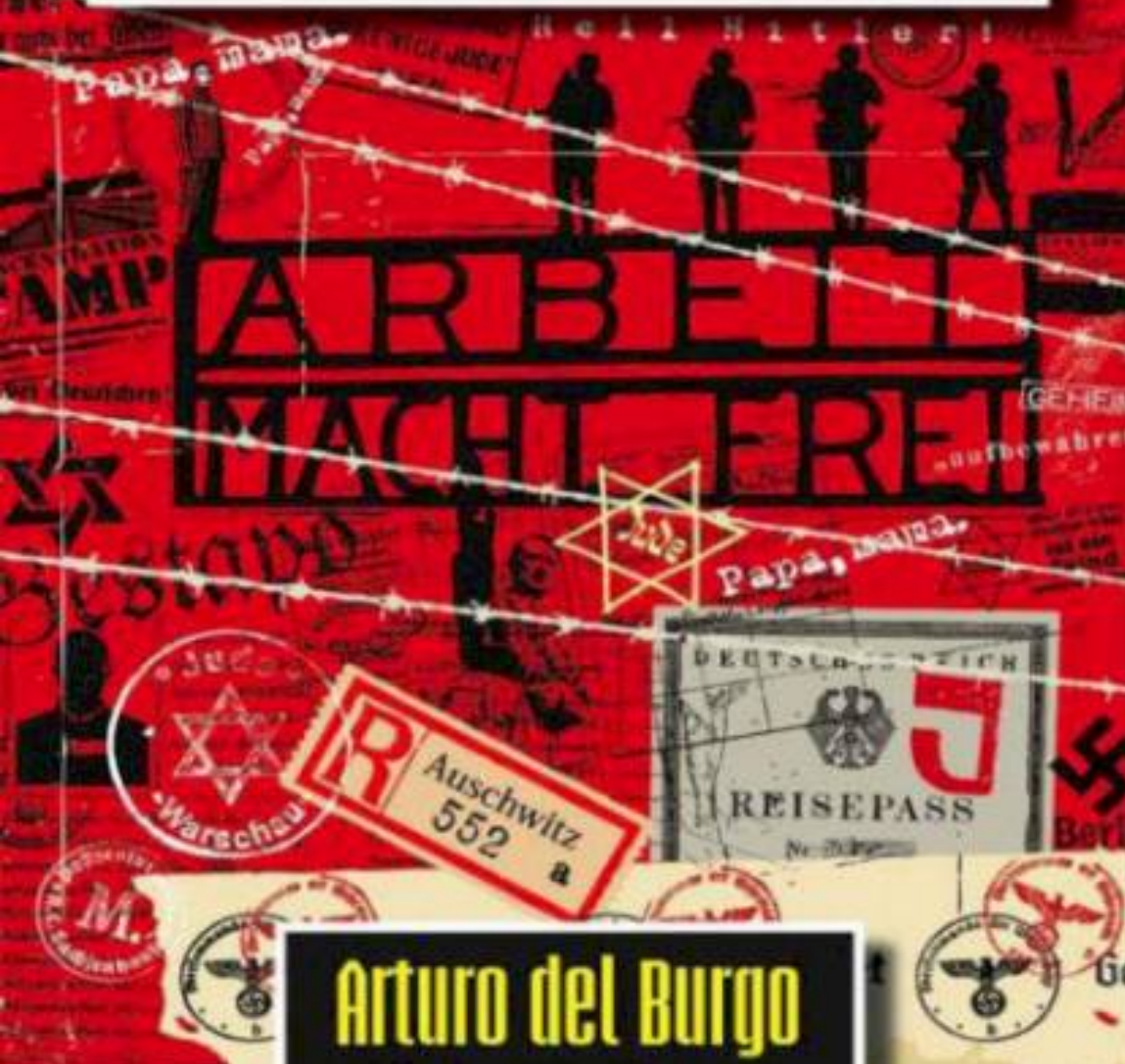


EL CLUB DE LOS SUPERVIVIENTES

y el asalto al castillo de Hindenburg



Arturo del Burgo

ARTURO DEL BURGO

EL CLUB DE LOS SUPERVIVIENTES
Y el asalto al Castillo de Hindenburg

© Arturo del Burgo, 2015.

PRÓLOGO

Recuerdo aquel día como si fuera hoy. Eran las siete y media de una tarde triste y lluviosa, y yo terminaba de preparar en mi despacho de la Universidad algunos apuntes para repartir en clase. Ordenaba las fotocopias de un capítulo sobre táctica militar en el siglo XX que debía entregar a mis alumnos de Historia Contemporánea.

Sonó entonces el teléfono. Alguien preguntaba por mí:

–Buenas tardes, profesor. Espero no importunarle.

Era la voz de un hombre adulto, entrado en años, que arrastraba levemente las palabras. Aunque tenía una buena pronunciación, denotaba un claro deje germánico.

–De ninguna manera. ¿En qué puedo ayudarle? –respondí educado.

–Verá, profesor, me hace mucha ilusión hablar con usted. Me he leído con detenimiento las tres obras que tiene publicadas sobre la Segunda Guerra Mundial. En concreto, el libro *La resistencia frente al terror nazi* es mi favorito... En realidad, creo que podría recitar de memoria algunos de sus párrafos.

Comenzaba a pensar que se trataba de algún nostálgico entusiasmado con las múltiples anécdotas que contaba en aquel libro y que tenía toda la intención de ilustrarme durante un buen rato con un sinfín de recuerdos. Me acomodé en la silla preparándome para lo peor.

–Descubrí muchas cosas leyendo el libro, muchas, muchas... Sobre todo de la resistencia francesa, que tan valientemente se comportó, a pesar de las críticas que se vertieron después sobre ella. Es muy fácil juzgar ahora el comportamiento de la gente que vivió durante aquellos terribles años, muy fácil. Pero lo cierto es que fue un verdadero infierno para quienes tuvimos la ocasión de padecerlo.

–¿Vivió usted en Francia durante la ocupación? –pregunté mostrando interés.

–En modo alguno, señor. Por eso me resultó muy atractiva la lectura del libro. Descubrí historias muy interesantes.

Estaba empezando a impacientarme un poco. Tenía todavía bastante trabajo por concluir y no quería llegar demasiado tarde a casa.

–Sin embargo, he de decirle que sus historias sobre la resistencia alemana, salvando algunas cosas de naturaleza intachable, son absolutamente lamentables y no se sostienen de ninguna manera.

¡Cómo! Aquello me dejó de piedra. Estaba tan convencido de que se trataba de un admirador, que la crítica descarnada me cogió por sorpresa.

–Pero, ¿por qué dice tal cosa? Le puedo asegurar que hay gran cantidad de horas de trabajo e investigación en esos capítulos –respondí a la defensiva, ofendido por el comentario.

–Oh, perdóneme, no quería molestarle. Soy consciente del esfuerzo y del sacrificio que habrá tenido que realizar para confeccionarlos y le admiro por ello. En ese sentido, el trabajo de recopilación y consulta de fuentes ha sido extraordinario. Sin embargo, he de decirle que desconoce algunos hechos de gran trascendencia que acontecieron en aquellos años, pero que permanecen hasta ahora ocultos a la opinión pública y a la investigación científica.

–¿Ah, sí? ¿Y de qué se trata?

–No quisiera contestarle por teléfono, mi querido profesor, pero si retoma la lectura de su libro y se remite al capítulo veintidós, encontrará usted una afirmación salida directamente de su pluma. Permítame refrescarle la memoria. Dice así: “Durante varios años se sucedieron en la ciudad numerosos acontecimientos que no tuvieron explicación alguna que, o en caso de tenerla, era tan oficial como absolutamente inveraz. Fueron muchos los quebraderos de

cabeza que un grupo de ciudadanos ocasionó a las fuerzas de ocupación alemanas, sin que se produjeran nunca detenciones ni fuera descubierta organización alguna". ¿Lo recuerda, profesor?

—Sí, desde luego. Me refiero a una especie de actividad de guerrillas que se desarrolló durante algunos años en la ciudad. Los hechos aparecen reflejados en los periódicos de la época, aunque con versiones que parecían querer ocultar algo más importante. También las pude comprobar en el Registro de Incidencias Civiles del Ministerio del Ejército alemán, referidas a la región. Por último, existen algunos escritos privados, diarios y demás manuscritos que coinciden en contar algunos hechos que no recibieron ninguna explicación.

—Así es, profesor. Veo que no me he equivocado en la elección... Pues bien, creo que tengo las respuestas que usted busca. Si está interesado en conocerlas, debe coger un avión lo antes posible y reunirse conmigo mañana mismo, en Berlín.

—¿Mañana? ¿A qué se debe tanta premura?

—Verá, profesor. Llevo años y años dudando, pensando, maquinando, planteándome la idoneidad de contar al mundo lo que allí ocurrió, o de dejarlo según había estado hasta ahora, escondido como el secreto mejor guardado. Pero hace unos días, después de un triste y lamentable asunto personal, tomé la determinación de sacar a la luz la verdad. Y ahora estoy impaciente, incapaz de esperar un solo día más.

—¿Y por qué yo?

—Precisamente por las horas de trabajo invertidas y por la cantidad de fuentes que ha consultado, tal y como usted me ha dejado bien claro. Es el hombre indicado, profesor. Y he tardado mucho tiempo en encontrarlo.

La conversación me tenía completamente intrigado. Quería saber más, preguntarle acerca de su persona y sus pretensiones, y sin embargo, era consciente de que no ob-

tendría de aquel personaje nada más que una cita en algún lugar de Berlín. Me dio las señas de una cafetería céntrica y quedamos en vernos la tarde siguiente.

—¿Y cómo sé yo que tiene usted información de calidad? ¿Cómo puedo saber que no será una pérdida de tiempo y dinero?

Se quedó un rato pensando al otro lado del teléfono, como tratando de buscar la respuesta adecuada. Al cabo de unos instantes respondió:

—A las afueras de la ciudad había una bonita fortaleza antigua conocida como el Castillo de Hidenburg. Pues bien, como usted sabrá, los nazis le dieron entonces la terrible utilidad de albergar una cárcel para niños y adolescentes.

—En efecto. Y si no recuerdo mal, en el año 1941 quedó destruida por un problema en su cimentación y trasladaron los niños a Berlín. Creo que leí algo sobre eso alguna vez.

—Sin duda que lo leyó, pues esa fue la versión oficial que se dio para encubrir lo que había sido la mayor fuga de una prisión alemana en toda su historia.

Me quedé impresionado y sin respuesta. Si había pretendido atraer mi interés y asegurar mi viaje, lo había conseguido sin duda. Él tampoco necesitó más. Tan pronto como le confirmé mi asistencia, colgó sin apenas despedirse. Un personaje extraño, enigmático, que había conseguido intrigarme hasta el punto de financiar aquella excursión de mi propio bolsillo.

Llamé a mi compañero del Departamento y le pedí que me sustituyera al día siguiente en mi clase diaria, pues un asunto de investigación requería mi viaje urgente a Berlín. Había pasado largas temporadas en aquella ciudad, sobre todo durante mi etapa de elaboración de la tesis doctoral, y tenía además buenos y frecuentes contactos con profesores de la Universidad de Berlín, por lo que a nadie le extrañó que tuviera algo que hacer por allí.

Al día siguiente, tardé un buen rato en encontrar la cafetería indicada por el extraño personaje. Estaba en una callejuela en pleno centro histórico y se trataba de un pequeño local, refugio para los trabajadores que ocupaban las oficinas colindantes. Era un bar con forma alargada, luz tenue y pequeñas mesas redondas desperdigadas aquí y allá. Miré con disimulo, tratando de buscar a mi interlocutor, aunque ninguno de los pocos clientes me dirigió la mirada.

Me acerqué a la barra y pedí una cerveza a un distraído camarero que terminaba de secar alguna copa. Apenas me senté en mi taburete cuando una voz, como salida de la nada, me sorprendió:

–Buenas tardes, profesor. No sabe cuánto le agradezco que haya podido acudir a nuestra cita.

Cuando me di la vuelta supe que había acertado calculando la edad. Estaba ante un hombre que rondaba ya casi los ochenta años, con el pelo blanco, no muy abundante, peinado hacia atrás, y unas facciones surcadas por multitud de arrugas que evidenciaban un rostro entrañable. Iba vestido elegantemente con un traje oscuro tocado con un pañuelo que asomaba de su bolsillo superior.

–Buenas tardes,... –traté de añadir su nombre, pero me di cuenta de que no lo sabía–. No recuerdo si me dijo su nombre.

–No, no lo hice. Y tampoco lo haré ahora, al menos de momento. Digamos que puede llamarme... hummm... Ray. Si le parece nos sentamos por ahí.

Cada uno con nuestra cerveza nos sentamos en una mesa de un rincón, escasamente iluminada pero con ningún posible fisgón alrededor.

–Usted dirá –comencé impaciente.

–Lo que voy a contarle a continuación es para mí como si revelara el mayor de los secretos. No en vano, tengo incluso todavía, a pesar de mi determinación y de la clara

voluntad de contarlo, ciertos reparos y remordimientos. Pero creo que es lo mejor y lo más conveniente en este momento, ante el mundo en que vivimos.

Puso sobre la mesa una gruesa carpeta repleta de documentos que abrió con el cuidado y la solemnidad de quien rompía el precinto de un valioso cofre repleto de oro.

—Cuando termine de contárselo, comprenderá usted mis dudas y la importancia que para mí tiene este momento.

—Pero no dejo de preguntarme qué espera usted de mí. Quiero decir, ¿qué quiere que haga con el secreto que pretende revelarme?

—Que lo haga público al resto del mundo. Valorará usted sin duda la magnitud de lo que ocurrió hace ya sesenta años y será el primero en comprender la importancia de darlo a conocer y difundirlo entre la gente. Y eso es precisamente lo que espero de usted.

Y entonces empezó.

Aquel personaje que se hacía llamar Ray, comenzó el relato de la historia más apasionante que jamás había escuchado. Desde el inicio, cada frase concluía de forma más fantástica que la anterior, dándome incluso a veces la sensación de que podía estar ante una gran farsa, una mentira basada en hechos reales. Y sin embargo, la coherencia y exactitud del relato, unidas a los distintos documentos y recortes que iba mostrándome, me adentraron de tal forma en la trama que al cabo de un rato hubiera puesto mi mano derecha sobre las brasas por la veracidad de aquella historia.

Tres horas y media después y dos cervezas, tres cafés y un té con leche más tarde, dio por concluido su monólogo, ocasionalmente interrumpido por alguna pregunta aclaratoria mía. Quedaba todavía mucho por contar, muchas aventuras fascinantes por relatar, pero el tiempo se había echado encima.

–Mi querido profesor, con lo que ha escuchado y con mis anotaciones, creo que podríamos hacer una fiel recreación para el público de las magníficas hazañas que acontecieron en aquella ciudad y de las personas grandes y valerosas que las protagonizaron. De todo lo que ocurrió he escogido esta historia para empezar por tratarse de una de las más bellas y que viví con especial intensidad. En fin, espero que haya colmado sus expectativas y no le haya hecho venir en balde.

–De ninguna manera, de ninguna manera –fue todo cuanto acerté a decir, todavía impresionado.

–Entonces, ¿acepta usted el desafío?

Ni que decir tiene que dije el sí más sincero y emocionado del que fui capaz, completamente encantado por el encargo. Debía pasar a limpio lo que había oído y leído, dándole forma, tratando de recrear con la belleza de las palabras la magnitud de lo real. Una historia de valor, amor, lealtad, sacrificio, compromiso y cuantas loables medallas puedan colgarse de la pechera de aquellas personas.

He tratado de respetar con total exactitud la veracidad de los hechos. Es indudable que los sentimientos, por ser tales, son difíciles de relatar de manera objetiva, y qué duda cabe que las emociones son factor fundamental en esta historia. Pero, en cualquier caso, no encontrará el lector exceso alguno por mi parte que desnaturalice la verdad de lo acontecido. De hecho, por si esto pudiera suceder, el enigmático Ray exigió leer y comprobar el manuscrito una vez estuviera terminado, sin darme autorización para enseñarlo hasta haberlo concluido, e incluso negándome la posibilidad de hablar sobre él con nadie durante su elaboración.

Tan empeñado estaba en el secretismo, que me dio tres páginas completas con nombres y apellidos ficticios que vendrían a sustituir a los originales en el relato, incluyendo no sólo personas, sino también las calles, plazas,

edificios, periódicos y cuantos elementos pudieran llevar al lector a situar el escenario real de la historia.

Con todo ello, durante los siguientes cuatro meses me dediqué en cuerpo y alma a la apasionante tarea de dar voz al relato que aquél anciano entrañable había tenido a bien sacar de la oscuridad para llevarlo al lugar que merecía en la Historia.

Un último apunte importante: todos los nombres que aparecen a continuación son inventados, a fin de no descubrir la identidad de las personas que vivieron los hechos.

También se ha ocultado bajo seudónimo el nombre de la ciudad y de los lugares en los que se desarrolla la historia.

La realidad, por tanto, se esconde tras las palabras. Así lo quiso Ray y así lo he respetado.

EL AUTOR

PRIMERA PARTE

Un día de invierno

Unos finos copos de nieve caían con delicadeza sobre las concurridas calles de la ciudad. En pleno invierno y a pocos días de la Navidad, ni tan siquiera la guerra era capaz de detener el frío que se colaba por todos los rincones del país.

El joven Frank contaba apenas once años de edad. Caminaba cabizbajo, absorto en sus pensamientos, llevando bajo el brazo una bolsa de cartón con los restos del almuerzo que no había consumido en la escuela durante el recreo. En la otra mano sujetaba el libro de Geografía del que había estudiado durante toda la mañana. Las capitales de los países resonaban en su cabeza como si de una interminable serenata se tratara; al fin y al cabo, se había pasado las dos últimas horas recitándolas.

Era la una de la tarde y un gran bullicio reinaba en las intranquilas calles de la ciudad. Hacía ya dos años de la invasión alemana y la presencia nazi se respiraba en cada acera, cada callejón, cada esquina de la que sin duda era la ciudad más bella del mundo; cuando entre coches se asomaba un carro de combate, su sola estampa helaba la sangre del más valeroso de los ciudadanos. Y sin embargo, las alambradas y focos, los vehículos militares, los pelotones de soldados y el miedo, sobre todo el miedo, se habían instalado de tal forma que parecía como si llevaran siglos de convivencia.

A Frank, a pesar de su corta edad, no se le escapaba cuánto había cambiado la calle en este tiempo. Y ya no sólo en su aspecto externo, con toda la ornamentación bélica imperante, sino en el propio carácter de los ciudadanos. La cordialidad, la amabilidad, la educación y la tranquilidad que en otro tiempo fueron comunes en la vida cotidiana, habían desaparecido como por arte de magia. A Frank le gustaba recordar aquellas tardes de domingo cuando salían a pasear en familia por la Avenida Principal o por el

bonito paseo fluvial, y no era posible dar dos pasos seguidos sin que sus padres se encontraran con un amigo o recibieran el saludo cariñoso de algún conocido. Aquello era ya sólo un recuerdo al que le gustaba aferrarse al chico, aunque sólo fuera para mitigar el frío que trataba de colarse bajo su abrigo. Los habitantes de la ciudad se habían vuelto distantes y su temperamento se había enfriado notablemente como consecuencia del miedo; se miraban, se reconocían y seguían a lo suyo sin cruzar palabra.

Caminaba por la acera sin mirar a nadie, rumbo a casa, sorteando los obstáculos callejeros y deseando llegar cuanto antes junto a sus padres y su pequeña hermana Emily, de cuatro años de edad. Cierto es que cuando estaba en casa, los juegos incansables de su hermana le llegaban a desesperar y provocaban en más de una ocasión alguna sonora riña, reprimida por los gritos autoritarios y firmes de su madre. No comprendía la pequeña que él ya no era ningún niño, era todo un hombre y no podía tumbarse en el suelo a jugar como hacía antes. Ahora sus aficiones eran otras: le gustaba leer, dibujar y jugar al ajedrez con su padre. Aunque, sin lugar a dudas, su mayor pasión era escribir.

Su padre le traía cada día un ejemplar del periódico *Die Bühne*, del que era director desde hacía muchos años. Pero su periódico era especial, único, excepcional, pues no tenía letra alguna escrita en su interior. Su padre se las arreglaba para traerle una prueba de papel de la imprenta, que no era otra cosa que las páginas del periódico completamente vacías, de tal forma que fuera Frank quien tuviera que redactar y componer las cuarenta páginas en blanco.

Y ésa era la principal afición del pequeño Frank, que pasaba horas elaborando las noticias y dibujando las ilustraciones, que luego eran juzgadas por su padre como si de una reunión con sus redactores se tratara.

Él sabía que algo no iba bien en casa. Por supuesto, en su presencia nadie le decía nada que pudiera preocu-

parle, pero cuando escuchaba detrás de la puerta oía a sus padres discutir sobre algo que no lograba descifrar, hasta que su madre rompía a llorar y su padre acudía a consolarla. Sí, él podía ser casi un niño, pero detectaba mejor que nadie los problemas y le molestaba que no confiaran en él y no compartieran sus preocupaciones. Claro que no había que ser muy listo para pensar que la invasión alemana tenía algo que ver en todo aquello, pues nada había vuelto a ser igual que antes desde entonces.

Pasó Frank junto a dos señores elegantemente vestidos. Aquella estampa le trajo de nuevo a la cabeza la inesperada visita que habían recibido en casa tres días antes. Dos hombres de aspecto siniestro y ataviados con oscuras gabardinas habían preguntando por su padre; Frank les había visto, agazapado en el piso de arriba, mirando por entre los barrotes de las escaleras. Afortunadamente, aquel día su padre estaba fuera de la ciudad y no pudo atenderles. Dejaron una carta que su madre guardó con excesivo celo, y se marcharon.

Sin embargo, aquella carta supuso un cambio importante en el ambiente que se respiraba en la casa. Desde entonces, su padre, más nervioso de lo habitual, era un torbellino yendo y viniendo de la redacción del periódico, trasladando papeles y cajas a altas horas de la noche, trabando reuniones con sus colaboradores en la cocina de madrugada... En definitiva, desde que entró en su hogar aquella dichosa carta, la situación era más tensa de lo habitual. Había sido un fin de semana de frenética actividad en casa y a Frank le habían encargado el cuidado de su hermana pequeña. Mientras todo se desarrollaba en el piso de abajo, él debía cuidar de que Emily estuviera entretenida en su habitación. Y desde luego, lo había cumplido con creces, hasta el punto de que no le importó que por fin fuera lunes para poder volver al colegio y hacer algo distinto que custodiar a una chiquilla.

En todo ello pensaba Frank mientras caminaba por la plaza Salzburgo, donde se erguía al fondo el antiguo edificio del Gobierno, ahora ocupado por la Comandancia alemana. Alambradas, focos, perros y tres tanquetas de vigilancia protegían el lugar. Aquella imagen le asustaba, y no podía evitar sentir un escalofrío cuando pasaba bajo la mirada fría de los soldados alemanes, que ni tan siquiera reparaban en él. Pero el miedo, del todo comprensible, lo superaba con la esperanza de que tarde o temprano llegaría el día en que tuvieran que recoger sus armas y marcharse de su ciudad. "No han venido para quedarse", decía siempre su padre, "porque han pecado y Dios les expulsará del paraíso". Es cierto que Frank no entendía muy bien aquello, pero lo tenía grabado en su memoria como la fecha de su cumpleaños.

Cruzó la plaza y ya por fin enfiló la calle donde vivía. Sólo dos manzanas más y se pondría a hacer los deberes antes de la comida, que a esas horas estaría preparando su madre. Antes de la llegada del régimen nazi, aquella era una ciudad rica y esplendorosa, repleta de teatros, restaurantes, salas de baile, museos y demás lugares de ocio y diversión, donde el arte y la cultura ocupaban un lugar predominante para los ciudadanos. En aquel entonces, la familia de Frank gozaba de una holgada posición económica y social. Su padre era Joseph Frank Hofmann, ni más ni menos que el director del periódico más importante de la región, *Die Bühne*; ahora seguía ocupando el cargo pero bajo la supervisión de un oficial del régimen que era, realmente, el auténtico director.

En aquella época (y fue sólo unos pocos años antes), en la vivienda de los Hofmann, una bonita casa en una zona residencial situada muy cerca del centro, trabajaban en total cinco personas: una cocinera, una sirvienta, un jardinero, una matrona y el chófer. Cuando estalló la guerra todo cambió. Tuvieron que despedir al personal porque la retribución del señor Hofmann se redujo notablemente con la